

LA URNA SEMÁNTICA

Periférica ha publicado el primer libro de la venezolana-mexicana María Virginia Jaua, una obra a la vez teórica y narrativa, conceptual y emocional, sobre el duelo a partir de la pérdida del ser amado.

María Virginia Jaua, *Idea de la ceniza*
Periférica, Cáceres, 2015

1. «¿Por qué la pérdida es la medida del amor?», es lo primero que se pregunta la voz, sin género, que narra *Escrito en el cuerpo*, novela de Jeanette Winterson aparecida en 1992.

2. Años antes, Roland Barthes escribe “La medida del duelo”, una de las entradas correspondientes al 29 de octubre de 1977 en su *Diario de duelo*, pergeñado en fichas sueltas a partir de la muerte de Henriette Binger, su madre.

3. Pasado el prólogo, en *Idea de la ceniza*, primera obra de María Virginia Jaua, publicada en 2015, la escritora nos avisa que «La escena primera es la de un duelo muy anterior, primigenio [...] Un duelo matricial, origen de todos los duelos, de todas las separaciones, de todos los desgarros».

4. Mientras que *Escrito en el cuerpo* de Winterson es presentado como una novela, *Diario de duelo* de Barthes se ofrece al lector como un libro de teoría. Ambos libros, sin embargo, navegan entre la narración y el desarrollo de un conocimiento, en este caso la elucubración sobre la pérdida del ser amado (amante, en el caso de la primera; madre, en el del último) a partir de la idea del duelo. Es a este memento casi inmemorial al que Jaua se suma en *Idea de la ceniza*, libro que, primero a partir de las ideas, luego a través

de un intercambio de correos electrónicos entre una pareja de amantes, se convierte en una suerte de urna semántica, depositaria de la escritura fruto de la exhalación corporal del amor.

5. Pero hagamos un paréntesis y volvamos al mundo de las ideas, a la teoría. En *La separación de los amantes. Una fenomenología de la muerte*, libro seminal de Igor A. Caruso aparecido en 1968, el psicoanalista italiano devenido austriaco nos dice: «Este ensayo está dedicado a aquellos que han sido separados: a los amantes, a los que odian, a los indiferentes, a los perplejos y a los confiados, para que el hombre encuentre de nuevo en libertad el camino hacia el hombre».

6. Caruso, lo mismo que Winterson, Barthes y Jaua, abunda que «Una de las experiencias más dolorosas para el hombre –quizá la más dolorosa– es la separación de aquellos a quienes ama». Allí donde la primera explora la medida del amor, es decir, de su pérdida, a través de la narración del cuerpo de la amante a la que nunca más volverá a ver, el segundo dedica cerca de dos años de su vida a desprenderse, a través de la escritura, de su madre, mientras que la última se concentra en el inicio de un amor pretérito, es decir, un amor que habrá de ocurrir en el futuro, cuando los cuerpos que se escriben uno a la otra, y viceversa, finalmente se encuentren.



María Virginia Jaua

7. Muy acertadamente, Jaua lleva su historia –el reflejo de los amantes, una «novela que camina por un sendero», como querían Stendhal y, muchos años después, Michael Ondaatje en *El paciente inglés*– al origen del duelo, al momento inmediato anterior a la pérdida, allí donde comienza su real medida.

8. Hay, al comienzo de *Idea de la ceniza*, un ensayo sobre el duelo, es decir, la construcción del contenedor –un libro– en el que serán vertidas las voces correspondidas de sus protagonistas, mujer y hombre, enamorados. En diálogo permanente y deliberado con Barthes y Derrida –así como con todas las voces que han explorado el amor y su quintaesencia insondable: la pérdida–, Jaua convierte las ideas en emociones y consigue así la rara alquimia del arte en estado puro, la palabra desprendida de los cuerpos que la enuncian, asombrados ante el nacimiento de su amor futuro.

9. Como ya se dijo, al ensayo inicial le sigue un intercambio epistolar adecuado para los tiempos que corren: lejos de enviarse cartas transatlánticas, hombre y mujer intercambian correos electrónicos después de conocerse y comprender la inevitable prospectiva de su relación, un amor que, primero palabra, cederá al encuentro de sus cuerpos, acontecimiento que tendrá lugar más allá de la obra, que es mucho más que una novela.

10. Nacida en Madrid en 1971, venezolana y mexicana, María Virginia Jaua se ha asomado a la desembocadura del río Estigia, frontera entre el mundo de los vivos y los muertos, para traer de vuelta su reflejo convertido en cenizas, polvo de estrellas, todo y nada, palabras que, pese a todo, permanecen más allá de los cuerpos que les dieron voz.

11. Largo epitafio en el que no hay una despedida –la única manera de preservar un amor es no decirle adiós–, *Idea de la ceniza* recorre una cuerda que se tensa entre el evento –el encuentro de los amantes– y su devenir –su separación forzada tras la muerte de uno de ellos–, en un acto equilibrista ejecutado con inteligencia y sin otra red que el lector, depositario último de la palabra que los cuerpos de los amantes escriben, de los enamorados que hablan y, como quería Barthes en sus *Fragmentos de un discurso amoroso*, dicen. — DAVID MIKLOS

MARÍA VIRGINIA JAUA

Madrid, 1971

La narradora, crítica, editora y traductora se ha interesado en el cruce de disciplinas como la crítica de arte, la literatura, el cine, la música y la política. Luego de encargarse de la publicación en línea *Salón Kritik*, actualmente dirige la revista electrónica *Campo de Relámpagos*. Antes de publicar su primer libro, *Idea de la ceniza* (2015), editó el volumen *El cristal se venga: textos, artículos e iluminaciones de José Luis Brea* (2014).